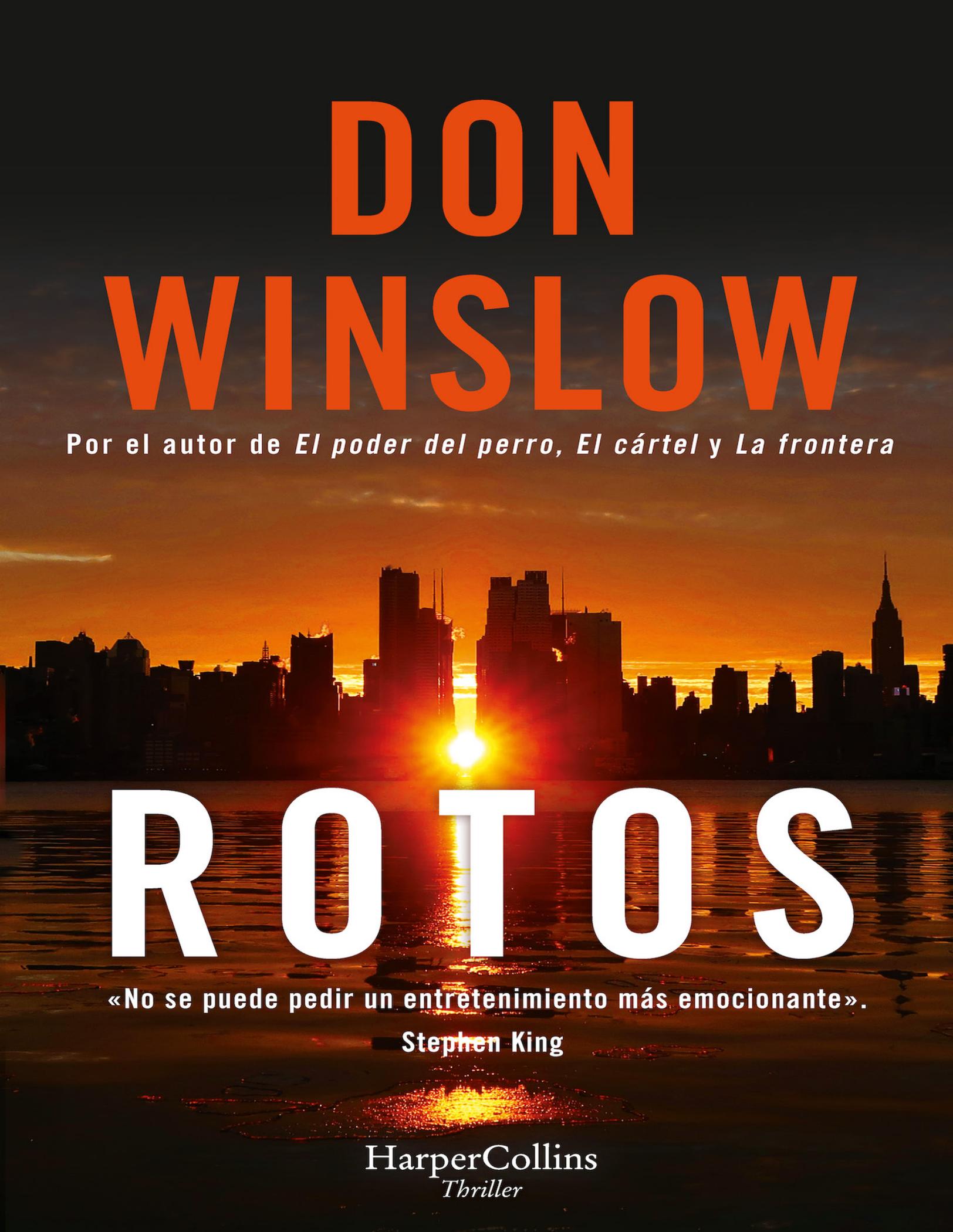


DON WINSLOW

Por el autor de *El poder del perro*, *El cártel* y *La frontera*



ROTOS

«No se puede pedir un entretenimiento más emocionante».

Stephen King

HarperCollins
Thriller

**DON
WINSLOW**

ROTOS

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Rotos

Título original: Broken

© 2020 by Samburu, Inc.

© 2020, para esta edición HarperCollins Ibérica, S.A.

Publicado por HarperCollins Publishers LLC, New York, U.S.A.

© De la traducción del inglés, Victoria Horrillo Ledesma

Todos los derechos están reservados, incluidos los de reproducción total o parcial en cualquier formato o soporte.

Esta edición ha sido publicada con autorización de HarperCollins Publishers LLC, New York, U.S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos comerciales, hechos o situaciones son pura coincidencia.

Diseño de cubierta: Ploysiripant

Imagen de cubierta: © Gary Hershorn/GettyImages

ISBN: 978-84-9139-518-8

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

[Créditos](#)

[Rotos](#)

[Para *mister* Steve McQueen](#)

[Código 101](#)

[Para Elmore Leonard](#)

[El zoo de San Diego](#)

[Para Raymond Chandler](#)

[Ocaso](#)

[Paraíso](#)

[La última carrera](#)

[Agradecimientos](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

*Al lector
Simplemente, gracias*

*Si no tienes tiempo para leer, no tienes tiempo
(ni herramientas) para escribir. Es así de
sencillo.*

STEPHEN KING

ROTOS

El mundo nos rompe a todos y luego algunos se hacen más fuertes en las partes rotas.

ERNEST HEMINGWAY, *Adiós a las armas*

A Eva no hace falta que nadie le diga que el mundo está roto.

Operadora de emergencias del turno de noche en Nueva Orleans, Eva McNabb oye los quebrantos de la humanidad a diario, ocho horas seguidas, cinco días por semana. Más, si hace doblete. Se entera de los accidentes de tráfico, de los atracos, los tiroteos, las muertes, las mutilaciones, los asesinatos. Oye el miedo, el pánico, la rabia, la ira y el caos, y manda a hombres hacia ellos a toda velocidad.

Porque son casi siempre hombres, aunque cada vez haya más mujeres en el cuerpo. Eva, sin embargo, piensa en ellos como en sus chicos, sus niños. Los manda a toda esa desolación y luego le pide al cielo que vuelvan de una pieza.

Vuelven casi todos, aunque a veces no, y entonces manda a ese lugar de quebranto a más de sus chicos, de sus niños. Literalmente en ocasiones, porque su marido era policía y ahora también lo son sus dos hijos.

Así que Eva conoce esa vida.

Conoce ese mundo.

Sabe que se puede salir de él, pero que siempre se sale roto.

• • •

Hasta con luz de luna se ve sucio el río.

Jimmy McNabb no querría que fuera de otro modo: le encanta el río sucio de su sucia ciudad.

Nueva Orleans.

Se crio y vive aún en Irish Channel, a pocas calles de donde se encuentra ahora, detrás de un coche sin distintivos policiales, en el aparcamiento del muelle de First Street.

Angelo, él y el resto del equipo se están preparando: chalecos, cascos, pistolas, granadas aturdidoras... Igual que un equipo SWAT, solo que a Jimmy se le ha olvidado invitar a la fiesta a los SWAT. Y no solo a los SWAT, también a la policía portuaria y a todos los demás, menos a su equipo de la Unidad Especial de Investigación, sección Narcóticos.

Esta es su fiesta privada.

La fiesta de Jimmy.

—Los del puerto se van a cabrear —dice Angelo mientras se pone el chaleco.

—Ya los avisaremos cuando haya que hacer la limpieza —contesta Jimmy.

—No les gusta hacer de conserjes. —Angelo se ajusta el velcro—. Me siento como un imbécil con todo esto encima.

—Un poco pinta de imbécil sí que tienes —responde Jimmy.

Con el puñetero chaleco puesto, su compañero parece el muñeco de Michelin. Angelo no es muy fornido. Cuando se estaba preparando para las pruebas físicas de ingreso en la policía, hizo una dieta relámpago a base de plátanos y batidos, a ver si ganaba peso, y no ha engordado ni medio kilo desde entonces. Es tan fino como su bigote, que él cree

—erróneamente— que le da un aire a Billy Dee Williams. De piel color caramelo y facciones afiladas, Angelo Carter se crio en el Distrito 9, negro a más no poder.

A Jimmy, en cambio, el chaleco le queda pequeño.

Es un tipo grandullón: mide metro noventa y tres y tiene el pecho y los hombros anchos de sus antepasados irlandeses, que vinieron a Nueva Orleans a excavar las esclusas a pico y pala. Cuando era patrullero, rara vez tenía que recurrir a la fuerza, ni siquiera en el Barrio Francés: su estatura y su aspecto bastaban para que hasta los borrachos más agresivos se achantaran de golpe. Pero, cuando se liaba a puñetazos, hacía falta un pelotón entero de compañeros para pararle. Una vez, destrozó —sin exagerar— a una panda de paletos de Baton Rouge que la liaron en el Sweeny's, el bar de su barrio. Entraron en vertical y armando bulla y salieron en horizontal y calladitos.

Jimmy McNabb había sido un agente de a pie de los duros, igual que su padre, Big John McNabb, toda una leyenda en el cuerpo. A sus hijos no les quedó más remedio que entrar en la policía, aunque de todos modos a ninguno de los dos le apetecía dedicarse a otra cosa.

Ahora Jimmy echa una ojeada al resto de su equipo y llega a la conclusión de que están tensos pero no demasiado, solo lo justo.

Es una tensión necesaria.

Él también la nota, la adrenalina que empieza a circular por su torrente sanguíneo.

Y le gusta.

Su madre, Eva, dice que a su hijo siempre le ha ido la marcha. Da igual lo que sea: la cerveza, la adrenalina, el *whisky*, una carrera de caballos en Jefferson Downs o batear en la novena entrada de un partido de la liguilla policial, lo mismo da: «A Jimmy le va la marcha».

Jimmy sabe que su madre tiene razón.

Eva suele acertar. Y además lo sabe.

Jimmy y su hermano pequeño tienen una muletilla que repiten con frecuencia: «La última vez que Eva se equivocó». «La última vez que Eva se equivocó, aún había dinosaurios en la Tierra». O «La última vez que Eva se equivocó, Dios descansó el séptimo día».

O la favorita de Danny: «La última vez que Eva se equivocó, Jimmy tenía novia fija». (O sea, más o menos cuando estaba en octavo curso).

«Jimmy es pícher», dijo una vez Eva, «le gusta rondar por el campo».

Qué cachonda esta Eva, piensa Jimmy.

Es la monda.

Danny y él siempre llaman Eva a su madre. En tercera persona, claro. A la cara, nunca. Igual que llaman John a su padre. La cosa empezó cuando Jimmy tenía siete años, quizá. A Danny y a él los castigaron con no salir por alguna travesura que habían hecho —algo relacionado con el béisbol y una ventana rota— y Jimmy dijo: «Tío, qué cabreo se ha pillado Eva», y con Eva se quedó.

Ahora Jimmy mira a Wilmer Suazo para ver qué tal está. El hondureño tiene los ojos un poco desencajados, pero eso es normal en él, suele ponerse un poco nervioso. Jimmy le llama hondureño, pero Wilmer se crio en Irish Channel, igual que él, en la zona de Barrio Lempira, que ya existía antes de que naciera Jimmy.

Ancho y bajo como una nevera, Wilmer es de Nueva Orleans hasta las cachas, habla tan *yat* como los demás y es una suerte contar con un hispano en el equipo, sobre todo ahora que hay más mexicanos y hondureños que nunca en la ciudad (llegaron después del Katrina, para la reconstrucción, cuando a nadie se le ocurría pedirles la tarjetita verde).

Es una suerte tenerle aquí esta noche.

Porque el objetivo es hondureño.

Jimmy le hace un guiño. “Tranquilo, ‘mano”[1].

Calma, hermano.

Wilmer asiente con la cabeza.

En cambio, Harold —nada de Harry— nunca se altera.

Jimmy se pregunta a veces si al huevón de Gustafson le late el pulso. Una vez se quedó dormido como un tronco en el asiento de atrás del coche cuando iban a una redada en la que podían haberle matado. Es el sangre de horchata de Jimmy: dulce, bonachón y blanco como la leche, de pelo rubio y ojos azules claros. Y diácono de parroquia, encima.

Hasta Wilmer se muerde la lengua cuando Harold está delante, y eso que Wilmer tiene una boca como una letrina tercermundista. Cuando Harold está presente, solo suelta tacos en español, creyendo —acertadamente— que Gustafson no entiende ni una palabra de lo que dice.

Si McNabb es grande, Gustafson lo es todavía más.

«No hace falta construir un muro en la frontera», dijo una vez Jimmy. «Con que se tumbe Harold, basta».

Una vez, por una apuesta (no con Harold, porque Harold nunca apuesta), Gustafson levantó a Jimmy en el banco de pesas.

Diez veces.

A Jimmy le tocó aflojar dos mil quinientos pavos, pero aquello fue digno de verse.

Tengo un buen equipo, se dice Jimmy.

Son listos y valientes (pero no temerarios, la temeridad es una estupidez) y sus puntos fuertes y los flacos se compaginan a la perfección. Jimmy ha conseguido que lleven cinco años siendo una piña, y cada cual conoce las reacciones de sus compañeros tan bien como las suyas propias.

Esta noche les va a hacer falta todo eso.

Porque es la primera vez que asaltan un barco.

Laboratorios de heroína en torres de pisos, chiringuitos de venta de *crack* en casuchas de mala muerte, locales de moteros, tugurios de bandas callejeras... Todo eso lo han hecho mil veces.

Pero ¿un buque de carga?

Es la primera vez.

Y es eso, un buque de carga, lo que va a usar Óscar Díaz para traer su enorme cargamento de metanfetamina. Así que, qué remedio, tendrán que asaltarlo.

Llevan meses siguiéndole la pista al hondureño.

A distancia, eso sí.

Han dejado pasar los alijos de poca monta, a la espera de que diera el gran golpe.

Y lo ha dado.

—Bueno, vamos allá —dice Jimmy.

Mete la mano en el coche y saca su guante Rawlings, viejo y gastado —lo tiene desde sus tiempos del instituto—, con una pelota arañada encajada en la redecilla.

Los demás también sacan guantes, se colocan formando un círculo, a intervalos de un metro, y empiezan a pasarse la pelota como si calentaran para un partido. Casi dan risa, con los chalecos y los cascos puestos. Pero es un ritual y McNabb respeta los rituales. Nunca ha perdido a un hombre cuando se pasan la pelota antes de una misión, y hoy tampoco piensa perder a ninguno. Además, es una forma tácita de recordarse que no pueden cagarla: la bola debe seguir rodando.

Hacen un par de rondas más y luego Jimmy se quita el guante y dice:

—*Laissez les bons temps rouler.*

Que empiece la fiesta.

Eva McNabb escucha la voz del niño por el teléfono.

Es un aviso de violencia doméstica.

El chaval está aterrorizado.

Eva, que lleva casi cuarenta años casada con Big John McNabb —ella mide metro sesenta; él, metro noventa y tres—, sabe lo que es eso porque lo ha vivido en sus propias carnes. John ya no le pega, pero tiene muy mala baba cuando se emborracha, y desde que se jubiló está casi

siempre borracho. Ahora se limita a tirar vasos y botellas y a abrir agujeros con el puño en la pared.

Así que algo sabe Eva sobre violencia doméstica.

Claro que esta llamada es distinta.

Todas son malas, pero esta es peor.

Lo nota por la voz del niño, por los gritos de fondo, por los chillidos, por los golpes sordos que oye a través del teléfono. Esta empieza mal, y lo único que puede hacer es intentar que no acabe aún peor.

—Tesoro —dice cariñosamente—, ¿me escuchas? ¿Me oyes, cariño?

—Sí.

Al niño le tiembla la voz.

—Vale —dice Eva—. ¿Cómo te llamas?

—Jason.

—Jason, soy Eva. —Decirle su nombre es incumplir el protocolo, pero que le den por saco al protocolo, se dice Eva—. Escúchame, Jason, la policía va para allá, van a llegar enseguida, pero hasta que lleguen... ¿Tenéis secadora en casa, *cher*?

—Sí.

—Bien, pues, Jason, cielo, quiero que te metas dentro de la secadora, ¿de acuerdo? ¿Puedes hacerme ese favor, cariño?

—Sí.

—Bien. Hazlo enseguida. Yo no cuelgo.

Oye que el niño se mueve. Oye más gritos, más chillidos, más exabruptos. Luego pregunta:

—¿Estás en la secadora, Jason?

—Sí.

—Muy bien —dice Eva—. Ahora quiero que cierres la puerta. ¿Puedes cerrarla? No tengas miedo, mi amor, yo estoy aquí.

—Ya la he cerrado.

—Estupendo. Ahora te vas a quedar ahí quietecito y tú y yo vamos a charlar un rato hasta que llegue la policía.

¿Vale?

—Vale.

—Seguro que te gustan los videojuegos. ¿Cuáles te gustan?

Eva se pasa los dedos por el cabello corto y negro —su único signo de nerviosismo— y escucha al niño hablar del Fortnite, del Overwatch y el Black Ops 3. Al mirar la pantalla que tiene delante, ve cómo avanza hacia Algiers, el barrio donde vive el chico, la luz parpadeante que representa al coche patrulla.

Danny está en un coche patrulla en esa zona, en el Distrito 4, pero no le toca a él atender el aviso.

Eva se alegra.

Es muy madraza con sus dos hijos, pero Danny es el pequeño, el más sensible de los dos y el más tierno (Jimmy tiene la sensibilidad de un puño de acero), y no quiere que vea lo que es probable que le toque ver al agente que acuda a aquella casa.

El coche patrulla ya está cerca, a una manzana, y le siguen otras dos unidades (ninguna de ellas es la de Danny). Ha avisado a las tres de que hay niños de por medio.

Todos los agentes del distrito saben que si Eva McNabb dice que se den prisa, más vale que se la den o tendrán que vérselas con ella, cosa que ninguno quiere.

Eva oye las sirenas por el teléfono.

Luego, el disparo.

La bala pasa rozando la cabeza de Jimmy, da en el tabique metálico y en su rebote enloquecido hace caer a Angelo de bruces al suelo de la cubierta.

Jimmy piensa por un momento que su compañero está herido, pero Angelo rueda, se pega al tabique y le hace una seña con el pulgar: todo bien.

Aun así, es mala noticia que los hondureños pretendan resolver esto a tiros. Las balas rebotan en el acero con un rechinar espeluznante, saltan como bolas en un bombo de lotería mientras Jimmy y su equipo se agazapan en un pasadizo estrecho.

Quizá debería haber traído a los SWAT, se dice Jimmy.

Los disparos proceden de una escotilla abierta, a menos de diez metros de ellos, pasadizo abajo. Alguien tiene que ser el primero en cruzar la escotilla, piensa Jimmy. O también podríamos dar marcha atrás y largarnos de este barco con el rabo entre las piernas.

Voy a tener que ser yo quien entre, se dice. Desengancha una de las granadas aturdidoras que lleva sujetas al cinto y la lanza hacia la escotilla. Sin giro ni efecto: una bola rápida y limpia al centro del plato.

Relumbra un fogonazo blanco. Con un poco de suerte, habrá dejado momentáneamente ciegos a los del otro lado.

Jimmy se lanza adelante disparando.

Le devuelven algunos disparos, pero oye pasos que se alejan delante de él por la cubierta de hierro.

—¡Policía de Nueva Orleans! ¡Suelten las armas! —grita para cumplir con el reglamento.

Ahora oye un retumbar de pasos delante y detrás de él y no tiene que volverse para saber que Angelo, Wilmer y Harold le van pisando los talones. Ve delante de él a un tipo y entonces el individuo desaparece sin más y Jimmy se da cuenta de que ha bajado por una escalerilla.

Llega a lo alto de la escalerilla a tiempo de ver que el tipo baja a toda prisa los peldaños. Él, no. Él apoya una mano en la barandilla, da un salto y aterriza delante del hombre.

El tipo va a levantar el arma, pero Jimmy se le adelanta y de un gancho con la izquierda le deja tumbado en cubierta, inconsciente. Le da un pisotón en la cara de propina, para que aprenda lo que pasa cuando le sacas un arma a un policía de la Brigada de Narcóticos.

Luego todo se vuelve negro.

Danny McNabb tiene guardia de noche.

No es que le moleste. En el turno de noche hay más acción y un patrullero con dos años de experiencia necesita acción si quiere hacer carrera. Además, le gusta la zona que tiene asignada en el Distrito 34: Algiers, porque Algiers, aunque oficialmente forme parte de Nueva Orleans, es un mundo aparte.

El Salvaje Oeste, lo llaman.

Allí uno no se aburre, y a Danny le gusta estar ocupado, pero lleva un montón de horas sentado en el coche y se le están agarrotando las piernas, que tiene muy largas.

Si su hermano Jimmy es un toro, él es un caballo de carreras.

Alto, esbelto, larguirucho.

Todavía se acuerda del día en que adelantó a Jimmy en estatura. Su madre marcó con lápiz hasta dónde llegaban sus cabezas en el quicio de la puerta del armario de su cuarto. Jimmy se cabreó, quiso que se pegaran. («Puede que seas más alto, pero no eres más fuerte que yo»). Eva no se lo permitió.

Esa noche salieron al campo de béisbol a echar un partidillo y a la vuelta Jimmy le dijo, muy serio:

—Aunque ahora seas más alto, sigues siendo el pequeño. Vas a serlo siempre. ¿Entendido?

—Sí, vale —contestó Danny—. Pero yo soy más guapo.

—Cierto —respondió Jimmy—. Lástima que tengas la polla tan pequeña.

—¿Quieres que nos las midamos?

—Vaya suerte la mía —dijo Jimmy—, que me haya salido un hermano marica.

Cuando Danny le contó esa historia a Roxanne, dijo «gay» en vez de «marica». Así no tenía tanta gracia, pero Roxanne es lesbiana y Danny sabía que lo de marica no iba a gustarle. De todos modos, sabía que su hermano no lo

había dicho con mala intención. Jimmy no odia a los homosexuales, odia a todo el mundo.

Danny se lo preguntó una vez, después de que su hermano montara una pelotera.

—¿Odias a todo el mundo?

—A ver que lo piense —dijo Jimmy—. Gais, lesbianas, heteros, negros, hispanos, blancos... asiáticos, si hubiera alguno por aquí... Sí, creo que odio a todo el mundo. Igual que harás tú cuando lleves unos años más en este oficio.

Sus padres le decían lo mismo. Que lo peor de ser policía es que acabas odiando a todo dios, menos a tus compañeros. Danny no se lo cree, de todos modos. Piensa que los policías tienen malas experiencias con la gente, nada más; que ven muchas cosas chungas y que se olvidan de que hay bien en el mundo.

Eva no quería que fuera policía.

—Tu marido es policía —le contestó Danny—. Y tu otro hijo también.

—Pero tú eres distinto.

—¿Distinto por qué?

—Lo digo en el buen sentido —dijo Eva—. No quiero que acabes como tu padre.

Furioso, amargado, borracho.

Y resentido con su trabajo.

Pero eso es él, pensaba Danny. No soy yo.

Yo nunca voy a ser así.

Ahora tiene una vida estupenda.

Un buen trabajo, un apartamento bonito en el Channel y una novia que le quiere. Jolene es enfermera y trabaja de noche en Touro, así que hasta sus horarios coinciden. Y es un amor, con el pelo largo y negro, los ojos azules y un sentido del humor un poquito retorcido.

La vida le sonrío.

El coche patrulla está aparcado en Vernet, junto al parque McDonough, frente a la iglesia del Sagrado Nombre de María, porque el cura de la parroquia se quejó al

capitán del distrito de los pervertidos que rondan de madrugada por el parque.

Quién fue a hablar de pervertidos, un cura precisamente, piensa Danny.

Eva le obligaba a ir a misa hasta que cumplió trece años, aunque ella nunca iba. Jimmy y él estudiaron en colegios católicos, fueron al instituto Archbishop Rummel, y Jimmy solía decir que había dos tipos de chavales de colegio católico: los que corren que se las pelan y los que acaban jodidos. Ellos eran de los primeros.

El caso es que Roxanne y él llevan aquí aparcados toda la puta semana para tener contento al cura y no han visto ni un solo pervertido y Danny se aburre como una ostra.

Allí sentado, en el coche.

Han apagado las luces.

Ahora Jimmy solo ve luces rojas que cruzan un fondo negro, como en una de esas ridículas salas de *laser tag*, solo que esto es de verdad: las balas son reales; la muerte, también.

Un punto cae sobre su pecho y él se lanza al suelo.

—¡Abajo! ¡Abajo! ¡Agachaos! —grita.

Oye a sus chicos echarse al suelo.

Los puntos rojos los van buscando.

Jimmy saca su linterna, la enciende y rueda hacia su izquierda. Se oyen disparos, apunta hacia el fogonazo de un arma y dispara. Angelo y Wilmer hacen lo mismo y Jimmy oye la detonación del rifle de Harold.

Luego escucha un gruñido y un gemido de dolor.

—¡Esto no os conviene! —grita—. ¡Tirad las armas! ¡Díselo, Wilmer!

Wilmer traduce el mensaje al español.

Contestan con más disparos.

Joder, piensa Jimmy.

Qué puta mierda.

Entonces oye el ruido de un motor al arrancar.

¿Qué...?

Se encienden unas luces.

Al mirar a su izquierda, ve a Harold montado en una carretilla elevadora cuyas horquillas sostienen dos grandes cajones. Harold los levanta como un escudo y grita:

—¡Subid!

Los demás saltan a la carretilla como soldados a un tanque y empiezan a disparar por detrás de los cajones mientras Harold conduce derecho hacia los atacantes que, alumbrados por los faros del vehículo, retroceden hacia un tabique metálico. No hay otro sitio adonde ir.

Son cuatro, más otros dos heridos que intentan alejarse a rastras para que la carretilla no los embista.

Que les den, piensa Jimmy.

Si salen con vida, bueno.

Si no... pues nada.

De todos modos son cucarachas.

Jimmy se inclina hacia fuera y ve que uno de los tipos retrocede levantando un AK como si no supiera qué hacer.

Harold decide por él. Le embiste con la carretilla y le acorrala contra el tabique. Los otros tres tiran las armas y levantan las manos.

Jimmy se baja de un salto y le da una bofetada a uno, con fuerza.

—Esto podríais haberlo hecho hace veinte minutos y nos habríamos ahorrado disgustos.

Angelo encuentra un interruptor y enciende la luz.

—Vaya, vaya —dice Jimmy.

Lo que tiene delante es meta.

Paquetes rectangulares apilados del suelo al techo, envueltos en plástico negro.

—Tiene que haber tres toneladas por lo menos —comenta Angelo.

Fácilmente, calcula Jimmy.

Pérdidas de un par de millones de dólares para Óscar Díaz. Con razón se han liado a tiros.

Óscar va a pillarse un buen mosqueo.

Wilmer y Angelo están atándoles las manos a los detenidos con bridas de plástico. Harold todavía tiene al del AK acorralado contra la pared, aunque el fusil de asalto ha caído al suelo haciendo ruido.

Jimmy se acerca a él.

—Te has metido en un buen lío, ¿eh?

El chaval del AK se retuerce.

—¿Qué vamos a hacer contigo? —pregunta Jimmy—. ¿Alguna vez has visto cómo estalla una garrapata? Ya sabes, cuando se hinchan de sangre y las aprietas y, paf, explotan. Si le digo aquí a mi amigo Harold que pise el acelerador... paf.

—No, por favor.

—¿No, por favor? —repite Jimmy—. Ibas a matarme, tío.

—¿Quieres que dé aviso ya? —pregunta Angelo—. Estos tipos podrían desangrarse.

—Espera un momentito —dice Jimmy.

• • •

Harold y él se llevan al del AK arriba, a cubierta.

El río sigue turbio, pero lleva mucha corriente.

—¿Cómo te llamas? —le pregunta Jimmy al del AK.

—Carlos.

—¿Sabes nadar, Carlos?

—Un poco.

—Eso espero. —Levanta a Carlos sobre la barandilla—. Dile a Óscar Díaz que Jimmy McNabb le manda saludos.

Le lanza por la borda.

—Ya podemos avisar.

Media hora después, el barco parece una sopa de letras.

NOPD, SWAT, DEA, HP, EMT... Hasta la policía estatal de Luisiana se ha presentado.

Aquel podría ser el mayor alijo de droga incautado en la historia de Nueva Orleans y, claro, todo el mundo quiere un trozo del pastel.

El mayor alijo de meta, seguro.

En el muelle está empezando a congregarse la prensa.

Jimmy enciende un cigarro y da fuego a Angelo.

Angelo da una profunda calada y pregunta:

—¿Qué ha dicho el jefe?

—Grandes titulares, noticia bomba, ninguna baja... —dice Jimmy—. ¿Qué va a decir Landreau? Que felicidades.

—Pero está cabreado.

Sí, Landreau está cabreado, piensa Jimmy. Los SWAT están cabreados, la DEA está cabreada, la policía portuaria también...

Pero a Jimmy le trae sin cuidado porque sabe también que Óscar Díaz debe de estar cabreado como un mono.

• • •

Lo está, y no porque la rata empapada que tiene delante le esté poniendo el suelo perdido.

El bloque de pisos está al otro lado del río, en Algiers Point, y desde la terraza de su ático Óscar alcanza a ver el Misisipi y, más allá, el centro de Nueva Orleans desde el Barrio Francés a Marigny y Bywater. Pero Óscar no se fija en eso, tiene la mirada clavada en Carlos, que acaba de traerle la noticia de que ha perdido más dinero del que le costó el piso.

Mucho más, de hecho.

Porque no es solo dinero lo que ha perdido.

Aquella iba a ser su gran oportunidad de ascender desde el rango medio de los traficantes de drogas al escalón superior. Iba a ser el golpe decisivo: mover esa cantidad de mercancía por el río, hasta San Luis y Chicago, y demostrar

que Nueva Orleans, Luisiana, podía ser un centro de transporte de primer orden. Usar el río y el puerto para traer el género, meterlo luego en camiones y distribuirlo por carretera. Si lo conseguía, los de Sinaloa le confiarían un cargamento mucho mayor, meta suficiente para intentar introducirse en el mercado de Los Ángeles y Nueva York.

Ahora, los sinaloenses van a pensar que es un mierda. Y Nueva Orleans es un sitio peligroso. Va a tener que llamarlos por teléfono y decirles que ha perdido el cargamento, y sabe que es la última vez que querrán atenderle.

Así que ha perdido la droga, el dinero y su oportunidad de ascender. Va a pasarse por lo menos cinco años más vendiéndoles mierda a esos palurdos de los pantanos.

Vuelve a entrar en el cuarto de estar y se para delante del acuario, un tanque Red Sea Reefer de trescientos sesenta litros que contiene a sus grandes amores: su precioso mero Neptuno de color amarillo brillante (seis mil dólares le costó), su pequeña *Jeboehlkia gladifer* roja y plateada (diez mil), su pez ángel clarión dorado con rayas azul eléctrico (este no le costó nada, fue un buen regalo del cártel) y su más reciente adquisición, de la que está muy orgulloso: un ángel reina de treinta mil dólares, así de caro porque estas bellezas habitan en cuevas en las profundidades marinas.

Óscar ha dedicado mucho tiempo, dinero y cariño al acuario, con sus hermosos y carísimos corales. Abre la tapa, echa unos copos de comida seca y luego abre un recipiente de plástico con trocitos de almejas frescas y también los echa dentro.

—Estás estresando a mis peces —le dice a Carlos—. Son muy sensibles y los estás poniendo nerviosos.

—Lo siento.

—Relájate —le ordena Óscar—. A ver, ¿quién te dijo que me saludaras de su parte?

—Dijo que se llamaba Jimmy McNabb —contesta Carlos.

—¿De la DEA?

—No, de la policía local. División de Narcóticos.

—Y te tiró al río para que me dieras el mensaje.

—Sí.

Óscar se vuelve hacia Rico.

—Llévate a Carlos y mávalo.

Carlos se pone pálido.

—Es broma. —Óscar suelta una carcajada. Luego mira a Ri-co—. Que se dé una ducha caliente y se ponga ropa limpia. El puto río está hecho un asco. ¿“Entendido”, Rico?

Rico ha entendido. Debe llevarse a Carlos y matarlo.

Cuando se marchan, Óscar sale a la terraza y contempla la ciudad.

Jimmy McNabb.

Bueno, Jimmy McNabb, acabas de conseguir que esto sea algo personal.

Tú lo has querido. Me has quitado algo y ahora yo voy a quitarte algo a ti.

Algo que te importe.

El agente que ha acudido al aviso de violencia doméstica va a ver a Eva después.

Ella lo ha oído todo por la radio, pero el hombre quiere presentarle sus respetos en persona.

—Lo que tú pensabas. El tío disparó a la mujer y luego se mató.

—¿Y el niño?

—Lo encontramos dentro de la secadora —dice el agente—. Está bien.

Tan bien como puede estar un niño pequeño que acaba de oír cómo su padre mata a su madre a tiros, piensa Eva.

—Menos mal que se ha matado —dice—. Así nos ahorramos un juicio.

—Pues sí.

—Y el niño, a los servicios sociales —añade Eva.

Le dan ganas de llorar, pero no llora.

Por lo menos, delante del policía.

Rico escucha a Óscar con atención y luego menea la cabeza.

—No puedes tocar a un policía.

Óscar se queda pensando un momento. Luego suelta:

—¿Cómo que no? ¿Quién lo dice?

Danny y Roxanne siguen junto al parque, la tercera noche consecutiva que pasan esperando al pervertido que no aparece.

—Vale —dice Danny tras pensárselo un buen rato—. Me tiro a Rachel, me caso con Monica y mato a Phoebe.

—Pobre Rachel —responde Roxanne—. Siempre se la tiran y nunca se casa.

—Qué va, se casó con Ross en Las Vegas, ¿te acuerdas?

—Sí, pero estaban borrachos.

—Aun así —dice Danny—. ¿Y tú?

—Mato a Monica, me caso con Rachel y me follo a Phoebe.

—Qué rápido.

—Le he dado muchas vueltas —añade Roxanne—. Siempre he querido montármelo con Phoebe. Desde la primera temporada.

—Santo Dios, pero si debías de tener siete años.

—Era una lesbiana precoz. Jugaba con Barbies.

—Todas las niñas de tu edad jugaban con Barbies.

—No, Danny. Yo jugaba de verdad con mis Barbies.

—Ah.

Súbitamente, la sangre y los sesos de Roxanne salpican la cara de Danny.

Sucede todo muy deprisa.

Una mano la agarra del pelo corto y la saca de un tirón.

La ventanilla del lado de Danny se rompe en pedazos.

Danny echa mano de su pistola, pero ya le han tapado la nariz y la boca con un trapo. Patalea tratando de soltarse, pero no puede.

Ya está inconsciente cuando lo sacan del coche.

Las sirenas parecen perros aullando.

Primero una, luego otra, después cuatro, cinco, una docena a medida que las unidades se dirigen al parque McDonough. Llegan de todo Algiers, y de la comisaría del Distrito 4, y del otro lado del río, del Distrito 8.

Respondiendo a un código 10-13.

Agente necesitado de atención médica.

Es un sonido espantoso.

Un coro de alarma que retumba en todo Algiers.

La fiesta es en el Sweeny's, claro.

¿Dónde iba a ser, si no? Jimmy empezó a ir allí cuando era un chavalín, literalmente: tenía once o doce años cuando entró por primera vez en el bar para llevarse a su padre.

O por lo menos para llevarse el cheque de la nómina antes de que se lo bebiese.

Ahora es él quien lo frecuenta y su viejo bebe en casa.

Así que la noche de después del gran golpe era lógico que se juntaran en el Sweeny's para celebrarlo.

Está todo el equipo, cómo no —Angelo, Wilmer y Harold —, además de todos los chicos y chicas de la Brigada de Narcóticos, media docena de agentes del Servicio de Inteligencia y unos cuantos agentes y detectives de las comisarías de distrito 4, 8 y 6 (la del barrio).

Landreau se ha pasado a tomar una copa testimonial. Hasta han venido un par de fiscales municipales y federales y dos tipos de la delegación de la DEA que han obsequiado a los agentes con sombreros de vaquero y han hecho un

brindis: «Por McNabb, que siga dándoles duro aunque él la tenga tan floja».

Pero la mayoría de los invitados se ha ido temprano y ya solo queda el equipo, un par de agentes de Narcóticos y unos cuantos que han trabajado con ellos en algún momento de su carrera. Los pocos civiles que hay en el local saben que les conviene ir a lo suyo y escuchar la cháchara estrepitosa de los policías sin decir ni pío.

—Así que estaba allí tumbado cagándome encima —dice Jimmy— y pensando que qué putada cuando aparece Harold montado en una carretilla elevadora...

Comienzan a oírse vítores.

—¡Harold! ¡Harold! ¡Harold!

Harold está en el pequeño escenario con un micrófono en la mano, intentando contar chistes.

—Voy al proctólogo, le echa un vistazo a mi ano y me dice: ¿Jimmy McNabb?

—¡Te quiero, Harold! —exclama Jimmy, un poco beodo—. Ojo, con amor cristiano y heterosexual...

—¡Harold, Harold, Harold!

Harold da unos golpecitos al micro. «¿Esto está encendido?».

—Como Jesucristo quería...

—A Judas —concluye Wilmer.

—No, al otro.

—A Pedro.

—Pedro, Pablo o... el que sea —dice Jimmy—. En fin... ¿por dónde iba?

—Todo agente de policía quiere tener un comandante íntegro, valeroso y capaz —dice Harold en el escenario—. Nosotros tenemos a Jimmy McNabb, pero, como yo digo, no hay mal que cien años dure.

Angelo se levanta con piernas temblorosas y aporrea la mesa.

—¡Angelo quiere follar! ¿Quién quiere follar con Angelo?

—¡Jimmy quiere! —contesta Wilmer.

Lucy Wilmette, una veterana del Distrito 8, levanta la mano.

—Yo quiero follar con Angelo.

—Esto se pone interesante —dice él—. ¿Quién más?

—¿Cómo que quien más? —exclama Lucy—. ¡Hombre, Angelo!

Eva ve los puntos de luz intermitente en la pantalla.
Como un enjambre de abejas volviendo a la colmena.
Sigue las comunicaciones por radio.

«Una agente herida... Está tendida en la calle... Necesitamos una ambulancia... Confirmado, necesitamos una ambulancia... Patrulla acudiendo al aviso... Oído, vamos para allá... Ya estamos aquí... Unidad 240 D... ¿Dónde está el otro agente?... ¿Por qué no responde?... Se han oído disparos... Hay un testigo presencial... Dios, es casi una cría... Dios mío, ¿dónde está esa ambulancia?... Se está desangrando... No le encuentro el pulso... Sean, ha muerto... ¿Dónde está su compañero? ¡¿Hostia puta, dónde está su compañero?!».

Unidad 240 D.

El coche de Danny.

Con la mano izquierda, Eva marca en el móvil el número de Jimmy.

Salta el buzón de voz.

Está en la fiesta.

En el Sweeny's.

¡Cógelo, Jimmy!

Es tu hermano.

—¿Este es uno de esos polis que dices que son intocables? —pregunta Óscar.

Danny está esposado a una silla de acero atornillada al suelo de cemento, en una nave industrial de los muelles de

Algiers Point. Tiene los tobillos amarrados a las patas de la silla.

—Despiértalo —ordena Óscar.

Rico abofetea a Danny hasta que vuelve en sí.

—El hermano pequeño de Jimmy McNabb —dice Óscar.

Danny parpadea, ve delante de él la cara redonda de un hispano.

—¿Tú quién eres?

—Soy el que va a hacerte daño —contesta Óscar.

Enciende el soldador de acetileno.

La llama brilla, azulada.

Jimmy levanta una jarra grande de cerveza.

—¡Un brindis! ¡Por que sigamos dándoles su merecido!

Se vierte la cerveza directamente en la boca.

—¡Jimmy! ¡Jimmy! ¡Jimmy!

Deja la jarra vacía en la mesa, se limpia la boca con la mano y dice:

—No, en serio...

—En serio —repite Wilmer.

—¡Por que sigamos limpiando las calles de drogas y armas y mandando a los malos al trullo! ¡Por el mejor grupo de policías del mundo! Os quiero, gente. A todos. Sois mis hermanos y hermanas y os quiero.

Se deja caer en la silla.

—¿Ese tan majo era Jimmy McNabb? —pregunta Lucy.

—Es el alcohol el que habla —contesta Wilmer.

Gibson, un sargento de la comisaría del Distrito 4, entra en el Sweeny's y ve que la fiesta está en su apogeo. Al mirar entre la gente, distingue a Jimmy McNabb en el escenario, haciendo una versión horrible de karaoke de *Thunder Road*.

Gibson busca a Angelo Carter y le encuentra junto a la barra.

—¿Puedo hablar contigo un momento? —pregunta—. ¿Fuera?

—Santo Dios —dice Angelo—. ¿Danny?

La noticia le quita la borrachera de golpe. Conoce a Danny desde que era un crío: el pelma del hermano pequeño que andaba siempre por allí, idolatrando a Jimmy, ansioso por entrar en el cuerpo.

¿Y ahora está muerto?

—Es una putada —dice Gibson—. Hemos encontrado su cadáver en los muelles de Algiers Point. Le han torturado.

Le han quemado vivo.

Le han roto todos los huesos del cuerpo.

—Hay que decírselo a Jimmy —dice Gibson.

—Se va a volver loco —dice Angelo.

Jimmy McNabb no quiere a nadie en el mundo, salvo a sus compañeros y a su familia. Cuando se entere de que han matado a Danny, se pondrá violento.

Destrozará el local.

Hará daño a otros y a sí mismo.

Tienen que andarse con pies de plomo.

—Vamos a hacer una cosa —dice Angelo.

Angelo entra el primero por la puerta.

Le siguen Wilmer, Harold, Gibson, tres de los agentes más fornidos que ha encontrado Angelo en la 6.^a y Sondra D, una prostituta que saca partido a su notable parecido con Marilyn Monroe cobrando a mil dólares el polvo. Cuando la ha llamado Angelo, estaba en el hotel Roosevelt, a punto de prestarle sus servicios a un bombero de visita en la ciudad.

En el bar, todo se detiene.